

los celto-romanos en su orgullo de prosapia latina, en su historia de inmarcesibles lauros, en su abolengo de patricios ilustres, en su atávica herencia de un romanismo inextirpable, nunca transigieron de veras con los bárbaros y les guardaron una hostilidad latente, despreciativa de suyo y no emprendedora, pero que revela por modo clarísimo la causa capital de aquella increíble facilidad con que los árabes fueron desde Gibraltar hasta Mérida y desde Mérida hasta Oviedo por un lado y hasta Zaragoza por otro y Cataluña, sin encontrar grandes resistencias: que también bajo una catástrofe pereció el primer prototipo de la monarquía cristiana, como pereció el último bajo otra catástrofe, bajo la inevitable revolución francesa.

Nada tan extraño para mí, como la extrañeza de los escritores pacatos y reaccionarios, ante un fenómeno social, tan lógico de suyo, y tan generado por todos los movimientos anteriores del espíritu, como la revolución francesa. En todas las edades estas grandes instituciones, sobre cuyas bases graníticas mucho tiempo se han sustentado los pueblos, acaban por medio de pavorosas é inenarrables catástrofes. Cinco siglos había durado el occidental imperio romano; y esta duración de modo alguno evitó su ruidosa caída y su terrible desplome al advenimiento é irrupción de los bárbaros, más devastadores que la peste mortífera en los aires, que la sacudida del terremoto asolador en los suelos. Desde comienzos del siglo V hasta comienzos del siglo VIII, dura la monarquía bárbara; y esta duración tampoco impidió que acabaran los árabes con ella en España y con ella en Francia también acabaron los mayordomos de palacio, convertidos más tarde por una usurpación escandalosa, en los fuertes pero fugaces carlovingios. Desde fines del siglo VI hasta fines del siglo XV duró la mal definida monarquía cristiana oriental en Bizancio; y esta duración tampoco impidió que la descabezaran y la destruyeran los poderosos alfanges de las irrupciones mongólicas. En vista de semejante repetición en los hechos, nada puede maravillarnos menos que la catástrofe sufrida por la monarquía laica y anti-teocrática, fundada en Francia sobre la cautividad inolvidable de los Papas en Aviñón, monarquía que duró desde mediados del siglo XIV hasta fines del pasado siglo. Todavía en España determinó el cambio de la realeza visigoda medio bizantina en monarquías pirenaicas medio feudales y medio teócratas, una grande irrupción, como la irrupción musulmana. Pero sin esta grande irrupción la monarquía se hubiera descompuesto lo mismo por las muchas fuerzas de corrosiva descomposición que llevaba en su seno. El combate continuó entre la gente militar y la eclesiástica gente; los odios del Concilio al campamento y del campamento al Concilio; la perdurable lucha dentro de la realiza entre un principio como el principio electivo y otro principio como el principio hereditario; la enemiga entre las gentes de tonsura y las gentes de casco; la rivalidad perpetua de los celto-romanos con los visigodos; el atentado al poder de Wamba; el predominio unas veces de las asambleas eclesiásticas y otras veces de las hordas militares; la terrible lucha

del clero católico y el infamado Witiza; la molicie más ó menos legendaria de Rodrigo, hecho un sátrapa oriental; el empeño de unos por copiar la podrida Bizancio y el empeño de otros en resucitar la muerta Roma; tantos repulsivos efectos como, á pesar de las leyes que pretendían borrar las clases y sus competencias, reinaban entre los romanos y los dominadores, determinaron la ruina del imperio visigodo, concluido en un hombre, no tan virtuoso como Luis XVI, pero si tan cuitado, tan infeliz y tan débil. No hay, pues, temeridad ninguna en afirmar que todas la formas capitales revestidas por el principio monárquico moderno en sus diversas metamorfosis, han concluido por una catástrofe, tan pavorosa, por lo menos, como la terrible y maldecida revolución francesa. Pues lo que pasó en España con la monarquía visigoda, pasó con la monarquía franca en las católicas Galias. No fueron menos epicúreos que Luis XV, que Gustavo Adolfo, que Leopoldo de Austria, los reyes conocidos con el nombre histórico de reyes gandules. No fueron menos traidores á la monarquía franca los mayordomos de palacio, que pudieran serlo más tarde los nobles y los grandes, subvertidos en los Estados Generales al poner los derechos de la nación sobre los derechos de la corona. Los caudillos cabelludos se vieron tan perseguidos como los monarcas modernos; á pesar de su nativa fiereza y de su carácter bárbaro. Si no hubo guillotinas hubo puñales, si no hubo levantamientos en la plaza pública, hubo conjuras en los templos y en los alcázares y en los campamentos. La usurpación se apoderó de todo, consiguiendo que la perdonaran y la ungieran los sacerdocios y los episcopados, cuyos dedos habían ungido á la gente franca y habían derramado el óleo sacratísimo sobre la cabeza de Clodoveo. Para mayor escándalo de la conciencia humana, el usurpador compró al Pontífice sus absoluciones y su perdón, entregándole aquellos feudos por los cuales pasaba el rey de los espíritus á rey de los terruños, como cualquier bandido ganando tierras con sus condotieros y con sus secuaces, en las montañas de Tívoli. Por manera que no solamente la filosofía moderna engendra revoluciones como la británica ó la francesa; no solamente derriban los enciclopedistas en sus obras literarias antiguos ídolos adorados por cien generaciones; no solamente se llenan los aires de magnetismo revolucionario en el pasado siglo; también los sacerdotes del comienzo de las edades católicas, engendran terremotos como los nuestros y desatan huracanes como los nuestros, que no puede jamás el parto llegar sin sus correspondientes dolores, no puede jamás la semilla producir el árbol sin descomponerse y sin pudrirse, no pueden las olas conservar su pureza sino batidas por el viento y no pueden los aires lanzar sus miasmas, sino renovados por la tempestad.

Cuando la Santa Sede pactó con Pinino y prometió entregar el romano Imperio á los suyos se fundó el pacto entre la monarquía y el pontificado, lo que se creyó base inmovible de la Edad Media. En verdadero cumplimiento de sagradas promesas Carlo-Magno se encaminó á Roma con propósito de celebrar allí la Noche Buena del año 800, en el

cual se cierra una y se abre otra edad de la historia moderna. Esperábanle romanos emisarios en la antigua tierra llamada Nomentuna donde pernoctó para dirigirse al día siguiente por el puerto Milvio á visitar la iglesia de San Pedro. Pocas veces ha presenciado aquel recinto de innumerables grandezas suceso tal como este que, á toda prisa, se aproximaba en aquellos instantes. El nuevo Imperio romano iba seguidamente á surgir; la nueva grande autoridad de la Edad Media, centro de las esferas sociales, iba en este minuto supremo á establecerse; el Oriente y el Occidente se acercaban á una división irreconciliable; tornábase el Imperio de Constantinopla mucho más oriental y mucho más latino-germano á su vez el Occidente; vicario de Cristo, el Papa, se convertía en Rey, y el Rey elevado á Emperador se convertía á su vez en vicario del Papa; los pueblos bárbaros entraban ya en el seno de la cultura europea y la conquista por ellos consumada recibía la sanción del vencido; escribíase el pacto llamado de Carlo-Magno y asentábanse sobre sus bases férreas todos los pueblos modernos; de suerte que amanecía un nuevo espíritu en los horizontes del tiempo y una nueva Europa en los senos del espacio, como si la civilización moderna presintiese que á más andar se acercaba el feudalismo y tratase de oponer á su anarquía y á su indisciplina, la unidad y la fuerza. Una sencillísima ceremonia impulsa todos estos graves hechos. Celébrase la misa de Navidad en la iglesia de San Pedro, cuando el Papa, sin darle noticia alguna de su determinación á Carlo-Magno, dirígese á él, que estaba de rodillas ante el altar de la confesión y sepulcro del Apóstol, y le pone sobre la cabeza una corona de oro, que remata el traje de patricio romano, ya ceñido de antiguo por el Rey de los francos, y que significa la conversión de la primitiva Roma al catolicismo por completo tras ocho siglos de continuos y porfiados combates. Acabada esta ceremonia, vuélvese el Papa al pueblo y grita por dos veces esta sagrada fórmula, cuyas palabras abren providencialmente la nueva edad del Imperio. «A Carlos, piísimo, Augusto, coronado por Dios Emperador de los romanos, dispensador de la paz, vida y victoria.» Y como Samuel á Saúl, entre las aclamaciones del pueblo, entre los cánticos del sacerdocio, entre las nubes de incienso, derrama León III el óleo santo sobre la cabeza de Carlo-Magno, óleo que le imprime una verdadera autoridad religiosa, pues hasta el Papa mismo le adora de rodillas, como si tuviese algo de divino, y él, en cambio, presenta como holocausto y homenaje una mesa de plata con vasos de oro á la iglesia de San Pedro, una cruz de oro con piedras preciosas á la iglesia de Santa María, y otras ricas dádivas, signo seguro de su rendida sumisión y de su completa obediencia, á las demás iglesias romanas. He aquí sellado, concluido el pacto entre el Papa y el Emperador. El uno, el Papa, ha entregado el reino de los longobardos al Emperador; y el otro, el Emperador, ha entregado al Papa el exarcado de Rávena. Así puede decirse con razón que esta alianza de las dos potestades en la Edad Media surge de un movimiento revolucionario contra la monarquía del Norte de Italia y contra el Imperio del Bósforo de Tracia. En esta hora suprema, el germanismo ha

recibido su sanción religiosa; el Occidente ha encontrado su supremo imperante político; la Italia de las ciudades ha tenido su escudo contra la Italia de los Reyes; el Emperador se ha asociado al Pontífice por medio del reino longobardo cedido; el Pontífice se ha asociado al Emperador por medio de la donación de Pipino aceptada; la gran palabra de Cristo, ordenando dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César dirige y regula todos los hechos; y el mayor período de la Edad Media comienza, porque merced á todas estas guerras, á todas estas revoluciones y á todos estos movimientos, se ha establecido y se ha organizado la alta institución de los Pontífices en el centro de la moderna Europa, defendida por la espada de los Emperadores carolingios.

Parecía indestructible tal Imperio; y sin embargo la destrucción llegó por verdaderas y profundas revoluciones como la revolución francesa. ¿Quién podrá detener la destrucción del Imperio earlovingio? Forjado en el yunque de Carlos Martel; nacido por la usurpación criminal de Pipino y bajo la cortante espada de Carlo-Magno; se pierde por las bonancibles virtudes del piadoso Luis que renuncia desde el trono á cooperar á las leyes implacables de la naturaleza y á las fuerzas ciegas de la sociedad. Sus propios sentimientos de padre le pierden. Lotario toma el Oriente de su Imperio; Carlos el Occidente y Luis sólo tiene la Baviera, por lo cual se rebela contra el testamento de su padre. Lotario, á su vez, quiere restaurar el Imperio con las mismas fuerzas que había reunido Carlo-Magno, con las fuerzas de los lombardos. Por eso es tan difícil comprender este caos y seguir las luchas que empeñan entre sí los cuatro herederos de Luis el Pío, Pipino, Lotario, Carlos y Luis. Lo que á estos dos últimos más les sirviera fué que los dos primeros se apoyaban en los ejércitos paganos y tenían por tanto contra sí los ejércitos más poderosos, es decir, los ejércitos eclesiásticos. Mas la confusión es grande como en todas las descomposiciones sociales, y como en todos los trámites de un período á otro período de la Historia. Si el siglo quinto fué el tránsito del mundo romano al mundo germánico cristiano, el siglo noveno es el tránsito del mundo germánico cristiano al mundo católico feudal. Por consecuencia encontraránse en él guerras sin número, sacudimientos sin medida, campos devastados en los cuales se desarraigan hasta las raíces de los árboles; ciudades abrasadas como Jerusalén ó Numancia, lluvias de sangre, aparición de instituciones como los castillos feudales que tienen el foso al pie, la horca en la cima, el puente levadizo á la entrada, los guerreros en todas partes, los esclavos en derredor para mostrar que estamos en la terrible época de las violencias eternas, en el sangriento comienzo de las edades feudales. El anárquico desorden era tal, que los mismos hijos de Carlo-Magno ignoraban la extensión y los límites del imperio, por cuyos dominios combatían. Así varias divisiones de tierras entre ellos, que no satisfacían á ninguno y que cooperaban al trabajo común de la universal descomposición destinada providencialmente á engendrar el feudalismo, la defensa personal, y la guerra continua, la soberanía fundada en el suelo, la

variedad infinita, la aristocracia militar, el pechero aquí, el mesnadero allá, el siervo por todas partes pegado de los terruños como los aperos y los ganados de labranza; en una palabra, el régimen de la personalidad superior, avasalladora de las demás personalidades inferiores, traído por los germanos desde sus bosques, implantándose por la fuerza de la necesidad en medio de los terribles sucesos de aquel tiempo; la descomposición del Imperio carlovingio y las irrupciones desoladoras de los normandos. Piratas estos, hijos de la tempestad, habitantes del mar porque la tierra se negaba á darles un asilo, vivían del despojo que tomaban al paso, y sin apego ninguno ni á la religión, ni á la lengua, ni á las tradiciones de las tribus patrias; sin familia siquiera, porque las mujeres y los niños no podrían seguirles á través de los huracanes y de las tormentas; acampaban donde venían, apropiándose por el hierro y el fuego así las creencias como las mujeres de los vencidos. Terribles eran verdaderamente sus guerras como todas las guerras serviles, pues vencidos y emigrados buscaban jefes en esa raza de Espartacos, que ó bien tomaban las armas contra sus dominadores, ó bien iban á engrosar las tribus invasoras en la antigüedad, prefiriendo la muerte á la servidumbre y buscando venganza á su humillación, en las irrupciones continuas, las cuales ponían á su cabeza siervos animosos de las costas invadidas para seguir las inspiraciones de sus feroces y devastadores odios. Carlo Magno les opuso tenaz resistencia, y sus herederos les abrieron los brazos. El joven Pipino los llamó contra su competidor Carlos el Calvo; y les ofreció, en cambio de su auxilio, adorar si les placía hasta sus dioses. El piadoso Luis les dejó que tomaran provincias enteras, si al mismo tiempo tomaban el bautismo católico. Bautizados por la Iglesia y poseedores de tierra, continuaban como buenos paganos y normandos, corriendo, quemando, destruyendo, y con tal furia y saña, que en cuanto los atisbaban entre las olas verdinegras de los mares del Norte y oían su cuerno de marfil llamando á caza de hombres, corrían los pobres habitantes sin saber adonde, dejándose incultos los campos y esparcidos y errantes los ganados, pues las iglesias y las capillas y las reliquias, tan prestigiosas á los ojos de las vanguardias germánicas, no ejercían ningún poder moral, ningún apreciable influjo sobre estas sangrientas y devastadoras retaguardias. En tiempo, pues, de las invasiones germánicas brotaron los obispos como defensores de las ciudades y de las familias; en tiempo de las invasiones normandas brotan los caballeros feudales. Así abandonan los amenazados á sus Reyes que vivían lejos, y se cuentan y se disciplinan y se arman y se aprestan al combate en torno de sus condes y de sus señores, los más fuertes y los más victoriosos, que están cerca y les defienden con su espada y les amparan con su escudo y les ofrecen asilo á la sombra de sus ladroneras y de sus barbacas eternamente erizadas de armas. Sólo de esta suerte puede disciplinarse un pueblo tan bárbaro como el pueblo normando y establecerse un régimen tan vario como el régimen feudal. La raza de los Carlovingios, que, por fuerte, usurpara el poder á los Merovingios, debilitada á su

vez, tiene que dejar el poder á los Capetos, de quien Luis XVI desciende. No habiendo podido realizar la unidad europea por medio del Imperio, abandonan el Imperio á los alemanes; no habiendo podido realizar la unidad francesa por medio de la monarquía, abandonan la monarquía á los Capetos. En tal trance ¿qué hará el Pontificado? Después de ver que los Carlovingios ya no le sirven para nada, cuando á mediados del siglo noveno se caen sus reinos á pedazos y se auyentan sus príncipes como sombras, acude naturalmente á los alemanes, contra las pretensiones feudales, como había acudido á los griegos contra los godos, á los francos contra los lombardos. Y naturalmente, en medio del feudalismo, de sus guerras sangrientas, de sus sublevaciones anárquicas, de su fraccionamiento universal, en medio de aquel horrible reinado de la fuerza, solamente la Iglesia católica y su jefe el Pontífice representan contra la materia bruta el espíritu divino, contra la violencia invasora la idea viva, contra la anarquía feudal la disciplina, contra el fraccionamiento la unidad. ¿No creéis que esta resolución feudal dando en tierra con la monarquía de los Carlovingios se parece mucho á la revolución francesa por antonomasia que dió en tierra el diez de Agosto con la Monarquía de los Capetos?

El protectorado de la sede pontificia pasó á los emperadores germánicos llamados Othones; mas el Papa no podía sufrirlo y empeñábase en maltratarlos. No era Othon capaz de devorar tanta injuria, sin obtener ó satisfacción ó venganza. En cuanto supo la infidelidad del Papa, marchóse á Roma pocos días después de la coronación abandonada por él. Asistíale formidable ejército. El Papa ciñó la espada y el casco, empuñó la bandera de San Pedro y el escudo de su padre Alberico; calzó las espuelas de oro y montó el trotón de guerra; mas para correr, seguido de su compañero y protegido Adalberto, en cuanto vió las armas del emperador brillar como el culebreo de los relámpagos, que anuncian la tormenta, en la inmensidad sublime de la campiña romana. Ningún obstáculo, pues, encontró para entrar en Roma el airado Othon, y seguidamente convocó á sínodo todos los prelados que encontró en la ciudad y que le acompañaban en la expedición. Y como no se presentara el Papa á este sínodo, fingió profundo dolor y preguntó con bien aparente curiosidad por la causa de su ausencia. A tal pregunta estallaron las acusaciones más terribles contra el Papa, con la crueldad propia de los cobardes y de los débiles, que veían frente á sí al Emperador, y en torno del Emperador un ejército aguerrido y numeroso. Apenas puede darse asenso á cuanto decían, pues semeja una página arrancada á los libros de Tácito y Suetonio describiendo los peores días y los peores hechos de los Césares romanos. Habíanle visto vender por oro las dignidades eclesiásticas, nombrar obispo á un niño de diez años, decir la misa sin hostia consagrada, ordenar un diácono dentro de una cuadra y fuera de las témporas, adulterar y yacer con la concubina de su padre, convertir el palacio de Letrán en harén de Bagdad, cometer incestos monstruosos con sus más próximas parientes, mutilar á su padrino y arrancar los ojos á sus cardenales, incendiar